

hasta despues del desenlace de todas sus intrigas.

Aun estaba él hablando, cuando un gentil hombre de cámara entró diciendo: — aquí está el coronel por quien ha preguntado Vuestra Señoría tantas veces.

— ¿Habrá él encontrado á Christian? preguntó el duque con viveza.

— No, milor, el coronel ha venido por la escalera del jardin viejo.

— Me lo pensaba. Es un mochuelo que no se dejará ver entrado el día, como halle una zarza donde ocultarse. Allá viene por un callejon tortuoso y lleno de escombros con una cara casi tan siniestra como el pájaro de mal agüero á quien se parece. A este tiempo entró en el cuarto el coronel, porque al parecer no se le daba otro nombre que el de su grado militar. Era un hombre alto, robusto, que segun indicaba estaba mas que á la edad media, y cuya fisonomía pudiera pasar por bella, si no tuviese la frente casi cubierta de una nube sombría. Al tiempo de hablarle el duque bajaba al suelo los ojos que eran grandes y serios, pero los le-

vantaba para hablarle y fijaba en él la mirada de un observador atento. Su vestido era muy sencillo, mas parecido al de los Puritanos que al de los caballeros de aquel tiempo; un sombrero negro de alas grandes como el de los Españoles, grande capa negra y espada larga, le daban el aire de un castellano, y su planta derecha, unida con su gravedad, le daban todavía mas semejanza.

— Muy bien, coronel, dijo el duque, tiempo hace ya que no nos hemos visto. ¿Cómo ha pasado vm. el tiempo?

— Como le pasan los hombres activos cuando las circunstancias los condenan á la inaccion, respondió el coronel, como el bergantin chasqueado en el cieno de un ancon y cuya sequedad raja todas las tablas.

— Y bien, coronel, ya he dado á su valor ocupacion, y aun puedo darle otra, luego que yo vea el bergantin reparado y dispuesto al aparejo.

— Infiero de eso que Vuestra Señoría tiene que ordenar algun viage.

— Al contrario hay uno que quiero se impida.

— Es otra cancion por el mismo compás. Pues bien, milor, ya oigo.

— ¡O! En suma no es mas que una bagatela. ¿Vm. conoce á Ned Christian?

— Sin duda, milor; nos conocemos mucho tiempo ha.

— El parte para el condado de Derby en busca de cierta sobrina que con trabajo podrá encontrar allí. En este caso cuento con vuestra amistad bien experimentada para impedirle la vuelta. Parta vm. con él ó sálgale al encuentro, acarícielo ó atáquele: en una palabra, haga vm. de él lo que mejor le parezca, pero disponga vm. el negocio de modo que no vuelva á Londres hasta despues de quinze dias, nada me importa que le suceda cualquier cosa.

— Porque entonces consentirá Vuestra Señoría que se halle á la sobrina, si alguno juzga que merece la pena de buscarla.

— Puede vm. creerme, vale la pena de que la busque vm. mismo; lleva en su delantal milla-

res de libras. Una mujer como esta le excusaria el trabajo de vivir á expensas del público.

— Milor, yo vendo, respondió el coronel con un aire sombrío, mi sangre y mi espada, pero no mi honor. Si me llego á casar, mi lecho nupcial será pobre, mas honrado.

— En tal caso, su mujer de vm. será la única cosa honrada que vm. tenga, por lo menos desde que yo le conozco.

— Vuestra Señoría podrá decir lo que guste sobre este negocio; vuestros asuntos son los que me han ocupado algun tiempo ha, y si han sido menos honoríficos que los he deseado, el que manda es tan culpable como el que ejecuta. Pero, yo casarme con una manceba jubilada; ¡Oh! No hay nadie, como no sea Vuestra Señoría, que se hubiera tomado la libertad, y se hubiese atrevido á proponerme semejante cosa.

El duque dió una gran carcajada. — Ciertamente esto es lo mismo que dice mi viejo Pistol:

¡Qué! ¿quiero venir á ser

El sir Pandarus de Troya  
 Cuando aun se puede ver  
 Al lado hierro que corta?  
 Antes mil veces lo lleve  
 Lucifer; si tal sucede.

— Yo he tenido una educacion muy sencilla para comprender fragmentos de comedias en verso, milor, dijo el coronel con un tono avinagrado. ¿Tiene Vuestra Señoría otras órdenes que darme?

— Ninguna mas. Ahora que me acuerdo, me han dicho que habia vm. publicado una narracion de ciertos hechos relativos á la conspiracion.

— ¿Y quién me lo hubiera impedido, milor, me lisongéó de ser un testigo tan irrecusable como cualquiera de los oidos hasta el dia.

— A la verdad que estoy plenamente convencido de ello; y me hubiera parecido muy duro, cuando habia tanto que ganar en hacer mal, que un tan buen protestante como vm. no tuviese su pedazo de torta.

— He venido á tomar órdenes de Vuestra Se-

\* Shakspeare, *Enrique V.*

ñoría, milor, no para ser el blanco de las sacas de su talento.

— Bien dicho, noble é inmaculado coronel. Como va vm. á entrar en mi servicio, á paga entera por un mes, suplico á vm. acepte este bolsillo para su equipaje y gastos imprevistos. Vaya vm. con Dios, que de tiempo en tiempo recibirá vm. mis instrucciones.

— Y recibirán su fiel y entero cumplimiento, milor, dijo el coronel; yo conozco los deberes de un oficial subalterno. Buenos dias dé Dios á Vuestra Señoría, milor. Al decir esto se guardó el bolsillo, sin dudar aceptarle ni aun en apariencia, sin manifestar alguna gratitud, ó mas bien como si fuese parte esencial de un tratado, y se salió del cuarto con toda su gravedad sombría.

— Ahí va un pícaro como yo los quiero, dijo el duque al verle salir: ladrón desde la cuna, asesino desde que pudo tomar el puñal, hipócrita profundo en religion, mas aun cuanto al honor, salteador que venderia su alma al diablo para cometer un crimen, y que degollaría á su hermano, si no temiera que le lla-

maran fraticida. ¿Y qué significa eso? á qué viene ese exterior de admiracion, señor Jer-ningham? ¿Por qué me mira vm. como si fuera yo un monstruo de las Indias que se paga un shelling por verle? ¿Para qué abre vm. hasta mas no poder esos ojazos redondos como si recelara perder un farthing del dinero que ha dado. Creame vm., pestañee para conservar la vista, y encargue á su lengua que me explique este misterio.

— Doy á Vuestra Señoría mi palabra, milor, pues que me obligais á hablar, y os aseguro ser esto lo único que puedo decir: cuanto mas vivo con Vuestra Señoría, mas dificultad tengo en penetrar los motivos de vuestras acciones. Otros hacen planes para lograr placer y utilidad en ejecutarlos, pero vos, milor, como que hallais un gusto particular en frustrar vuestros mismos proyectos en el instante mismo en que deben tener efecto, como un chiquillo, perdóneseme la comparacion, como un niño que rompe el juguete con que se ha entretenido, ó como un hombre que incendia su casa medio edificada.

— Y, ¿por qué no, si quiere calentarse las manos al calor del fuego?

— Está muy bien, milor, ¿pero no se expone á quemarse los dedos? Una de las mas excelentes calidades de Vuestra Señoría es oír la verdad sin darse por ofendido; pero aun cuando así no fuese, no podria yo menos de deciroslo en esta ocasion.

— ¡Pues bien! prosigue, que me halló dispuesto para oírlo, dijo el duque dejándose caer en un sillón y tomando un mondadientes con indiferencia, gracia y magnanimidad; me siento picado de curiosidad por saber qué juicio forman los pucheros de barro vil y bajo como tú, de nosotros, vasos tersos de la china mas pura\*.

— Permitidme, pues, milor, preguntaros, á nombre de Dios, ¿qué mérito os atribuis, qué ventaja esperais sacar por haber introducido en todo lo que os interesa un caos semejante al de aquel poema del ciego viejo Cabeza Moronda tan estimado de Vuestra Señoría\*\*? Comen-

\* Alusion á un verso de Dryden. — Ed.

\*\* El *Paraiso perdido* de Milton. — Ed.

zando por el rey, se incomodará, sin embargo, de su buen humor al ver que os haceis su rival otra vez.

— Su Magestad me ha desafiado á ello.

— Habeis sacrificado vuestros intentos acerca de la isla de Man con haberos puesto mal con Christian.

— No daria ahora por ella un farthing.

— Con perder á Christian, á quien habeis insultado, y cuya familia quereis deshorrar, habeis perdido un partidario muy sagaz, celoso, é imperturbable.

— ¡Pobre Jerningham! Estoy seguro que Christian diria otro tanto de tí, si yo te despidiera mañana. Vuestro error comun entre todos vosotros que sois instrumentos subalternos, consiste en creeros indispensables. En cuanto á su familia, como nunca fué honrada, nada de lo que yo haga podrá deshorrarla.

— No hablaré de Chiffinch á Vuestra Señoría, y con todo no dejará de enfadarse bastante, cuando sepa como ha salido de su casa la muchacha y quien ha tenido la culpa. Pero no hablo de él ni de su esposa.

— Y tienes razon; aun cuando fuesen dignos de que se hablara de ellos en mi presencia, su desgracia es una de las condiciones que ha puesto la duquesa de Portsmouth para nuestra reconciliacion.

— Aun, con respecto á ese podenco de coronel, como él se llama, no puede Vuestra Señoría soltarle contra la caza que debe perseguir, sin hacerle una indignidad, de que no se olvidará sino para arrojarse sobre Vuestra Señoría, si alguna vez tiene ocasion.

— Y yo cuidaré muy bien de que nó la tenga. Todos tus temores huelen á crápula, Jerningham, sacude bien á tu perro, si quieres que te obedezca, y no permitas que tus agentes ignoren que sabes conocerlos y apreciarlos. Si tratara como hombre de honor á un malvado, acabaria por olvidarse de lo que es. Pero basta de censura y de avisos, Jerningham; estamos de diverso dictamen acerca de todos los puntos. Si los dos fuésemos ingenieros, tú pasarias toda la vida en seguir el movimiento del huso de una vieja que hila una onza de cáñamo por dia; y yo estaria sin cesar junto á las máquinas

mas complicadas de pesos, contrapesos y ruedas, dando vida y movimiento á la obra maestra mas ingeniosa, y arreglando el movimiento de cien resortes.

— ¿Y vuestra fortuna durante este tiempo, milor? permitaseme esta última observacion.

— Mi fortuna es demasiado grande para que me infunda temor una heridilla. Por otra parte ya sabes tengo guardadas mil recetas para curar los arañazos y contusiones que se le hacen algunas veces al untar las ruedas.

— Vuestra Señoría habla de la pólvora de proyeccion del doctor Wilderhead?

— ¡Quita allá! es un empírico, y un charlatan.

— ¿O del plan de Drowndland para secar las lagunas?

— Menos aun, es un estafador, es decir un procurador.

— ¿O de la venta de leña del Laird de Lackpelf, en las montañas de Escocia?

— Es un escocés, es decir embustero y por-diosero.

— ¿Se trata, pues, de calles principiadas en el terreno inmediato á vuestro palacio?

— El arquitecto es un bestia, y este plan no es mas que una pamplina. Estoy fastidiado de ver todos esos escombros, y cuento reemplazar pronto nuestros paseos de árboles, nuestros bosquetes y nuestras praderitas, por un jardín á la italiana y un palacio nuevo.

— Esto seria destruir vuestra fortuna, milor, en lugar de repararla.

— ¡Espíritu mezquino y obstruido! ¿te has olvidado de la mas hermosa de todas las especulaciones, las pescas del mar del Sur? Las acciones ganan ya cincuenta por ciento. Ve corriendo á la bolsa, y dí al viejo Manassés que compre de ellas veinte y cinco mil libras. Perdóname, Pluton, si me atrevo á esperar tus favores, olvidándome de ofrecer un sacrificio en tu altar. Corre, anda, Jerningham, despáchate como si te fuera en ello la vida.

Levantadas las manos y ojos al Cielo, salió Jerningham del cuarto, y el duque, sin cuidar un instante mas en sus intrigas antiguas ni nuevas, en los tratados de amistad que acaba-

ba de concluir, en las enemistades por él provocadas, en la hermosura que habia robado á su protector natural, ni en su amante real, en el monarca de quien acababa de manifestarse rival, se sentó á calcular los cambios, con todo el celo de un Demoivre; cansóse de esta fastidiosa ocupacion pasada media hora, y no quiso ver al agente celoso que habia empleado en la bolsa, únicamente porque se puso á componer una sátira nueva.

### CAPITULO III.

¡Qué versatil corazón.  
Qué genio inconstante!  
*Los progresos del descontento.*

No hay cosa mas comun en las obras de este género, que el robo de la bella, en la que se supone concentrado el espíritu romancesco; pero el de Adelaida Bridgenorth tuvo de particular que el duque de Buckingham dió la orden para el robo, mas por espíritu de contra-